

EL OCASO DE LOS MITOS

Robert Silverberg

Durante unos años nos dedicamos a invocar a los grandes personajes del pasado, para descubrir cómo eran. Eso ocurría a mediados del siglo CXXV: del 12.400 al 12.450, digamos. Invocamos a César y a Antonio, y también a Cleopatra. Reunimos a Freud, a Marx y a Lenin en la misma habitación y les dejamos hablar. Convocamos a Winston Churchill, que por cierto resultó una decepción (ceceaba y bebía demasiado), y a Napoleón, un tipo espléndido. Entramos a saco en diez milenios de historia para divertirnos.

Pero al cabo de medio siglo, el juego empezó a aburrirnos. En aquella época nos aburríamos fácilmente. De modo que empezamos a invocar a los personajes míticos, los dioses y, los héroes. Parecía mucho más romántico, y estábamos viviendo una de las épocas románticas de la Tierra.

Yo ostentaba el cargo de celador del Salón del Hombre, y allí fue donde construyeron la máquina, de modo que fui testigo de su desarrollo desde el primer momento. La tarea había sido encomendada a Leor el Constructor. Había construido ya las máquinas que invocaban a los personajes reales, de modo que ésta, aunque algo más complicada, no debía plantearle serios problemas. Tenía que alimentarla con otro tipo de datos, llenarla de arquetipos y de corrientes psíquicas, pero el proceso de reconstrucción fundamental sería el mismo. Ni por un solo instante dudó del éxito.

La nueva máquina de Leor tenía varillas de cristal y aristas de plata. Una esmeralda gigantesca estaba incrustada en su tapadera de doce ángulos.

- Simples adornos - me confió Leor -. Podía haber construido una sencilla caja negra. Pero el brutalismo está pasado de moda.

La máquina ocupaba todo el Pabellón de la Esperanza en la Fachada norte del Salón del Hombre. Tapaba el hermoso mosaico fluorescente del Pabellón, aunque el mosaico continuaba proyectando bellísimos reflejos sobre las pulidas superficies de las pantallas de exhibición. Alrededor del 12.570 Leor dijo que estaba dispuesto a poner su máquina en marcha.

Dispusimos el mejor tiempo posible. Armonizamos los vientos, desviando un poco los del oeste y empujando todas las nubes hacia el sur. Enviamos nuevas lunas a danzar por la noche en pasmosas formaciones, haciendo que de cuando en cuando se reunieran para componer el nombre de Leor. Llegó gente de toda la Tierra, acampando en tiendas susurrantes sobre la gran llanura que empieza en el umbral del Salón del Hombre. La excitación era muy intensa y se propagaba a través del límpido aire.

Leor hizo sus últimos preparativos. El comité de asesores literarios conferenció con él acerca del orden en que se desarrollarían los acontecimientos. Habíamos escogido las horas diurnas para la primera demostración, y habíamos teñido el cielo ligeramente de púrpura para mejorar el efecto. La mayoría de nosotros llevábamos nuestros cuerpos más jóvenes, aunque había algunos que decían que querían aparecer como hombres maduros en presencia de aquellas figuras fabulosas surgidas del amanecer del tiempo.

- Todo está a punto - anunció Leor.

Pero antes se pronunciaron los discursos de rigor. El Presidente Peng saludó

cordialmente a todos los presentes. El Procurador de Plutón, que se encontraba de visita entre nosotros, felicitó a Leor por la abundancia de sus inventos. Nistim, que cumplía su tercer o cuarto mandato como Metabolizador General, estimuló a todos los presentes a acceder a un nivel superior. Luego, el jefe de ceremonial me hizo una seña. No, dije, sacudiendo la cabeza, soy muy mal orador.

Ellos replicaron que era mi obligación, como celador del Salón del Hombre, explicar lo que íbamos a presenciar.

De mala gana, avancé unos pasos.

- Hoy veréis los sueños del antiguo género humano hechos realidad - dije, esforzándome en encontrar las palabras apropiadas -. Las esperanzas del pasado, y supongo que también las pesadillas, andarán entre vosotros. Vamos a ofrecemos una visión de las figuras imaginarias por medio de las cuales los antiguos intentaron dar una estructura al universo. Esos dioses, esos héroes, resumen unos patrones de causa y efecto, utilizados como fuerzas organizadoras alrededor de las cuales podían cristalizar las culturas. Algo desconocido para nosotros, y muy interesante. Gracias.

Antes de empezar, Leor dijo:

- Debo explicar una cosa. Algunos de los seres que vais a ver fueron puramente imaginarios, inventados por poetas tribales, como mi amigo acaba de sugerir. Pero otros se basaron en verdaderos seres humanos que vivieron en la Tierra como mortales vulgares, y que después de su muerte fueron mitificados, siéndoles atribuidas cualidades sobrehumanas. Hasta que aparezcan, no sabremos qué figuras pertenecen a una categoría determinada, pero yo puedo deciros cómo detectar su origen, una vez las hayáis visto. Los que fueron seres humanos antes de convertirse en mitos tendrán una leve aureola, una sombra, una oscuridad en el aire a su alrededor. Esa aureola es el rastro de su humanidad esencial, que no puede ser borrada por ningún fabricante de mitos. Eso es lo que he aprendido en mis experimentos preliminares. Y, ahora, vamos a empezar.

Leor desapareció en las entrañas de la máquina. Una sola nota, profunda y clara, resonó en el aire. Súbitamente, sobre el escenario que daba a la llanura, apareció un hombre desnudo, parpadeando, mirando a su alrededor.

Desde el interior de la máquina la voz de Leor anunció:

- Este es Adán, el primero de todos los hombres.

Adán cruzó el escenario y se acercó al Presidente Peng, el cual le saludó solemnemente y le explicó lo que estábamos haciendo.

Adán se cubría las vergüenzas con las manos.

- ¿Por qué estoy desnudo? - preguntó -. Ir desnudo es pecado.

Le indiqué que cuando llegó al mundo iba desnudo, y que al invocarle de aquel modo no hacíamos más que respetar la autenticidad.

- Pero yo he comido la manzana - objetó Adán -. ¿Por qué me traéis aquí consciente de mi vergüenza, y no me dais nada para ocultarla? ¿Es justo eso? ¿Es consecuente? Si queráis un Adán desnudo, tenfais que haber traído a un Adán que no hubiera comido aún la manzana. Pero...

La voz de Leor anunció:

- Esta es Eva, la madre de todos nosotros.

Apareció Eva, también desnuda, aunque su larga y sedosa cabellera ocultaba la curva de sus senos. Sin el menor rastro de timidez, sonrió y tendió una mano a Adán, el cual se precipitó hacia ella.

¡Cúbrete! ¡Cúbrete!

Mirando a los millares de espectadores, Eva dijo fríamente:

- ¿Por qué tengo que cubrirme, Adán? Esa gente también va desnuda. Por lo visto, estamos de nuevo en el Edén.

- Esto no es el Edén - dijo Adán -. Esto es el mundo de los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de nuestros hijos.

- Me gusta este mundo - dijo Eva -. Es muy tranquilo.

Leor anunció la llegada de Pan, el de los pies de cabra.

Ahora, Adán y Eva estaban rodeados por la aureola de la humanidad esencial. El detalle me sorprendió, puesto que dudaba de que hubieran existido un Primer Hombre y una Primera Mujer en los cuales pudieran basarse las leyendas; pero supuse que debía tratarse de alguna representación simbólica del concepto de la evolución del hombre. Pero Pan, el monstruo semihumano, también llevaba la aureola. ¿Había existido un ser semejante en el mundo real?

En aquel momento no lo comprendí. Pero más tarde me di cuenta de que si bien no había existido nunca un hombre con pies de cabra, habían existido hombres que se comportaron como se comportaba Pan, dando origen a la creación de aquel lujurioso dios. En cuanto al Pan que salió de la máquina de Leor, no permaneció mucho tiempo sobre el escenario. Corrió a mezclarse con los espectadores, riendo y agitando los brazos.

- ¡El Gran Pan ha vuelto! - gritó -. ¡El Gran Pan ha vuelto!

Cogió entre sus brazos a Milian, la esposa anual de Divud, el Arquivista, y se la llevó hacia un bosquecillo.

- Honor que me hace - dijo Divud, el marido-anual de Milian.

Leor continuó manipulando en su máquina.

Invocó a Héctor y a Aquiles, a Orfeo, a Perseo, a Loki y a Absalón. Invocó a Medea, a Casandra, a Odiseo, a Edipo. Invocó a Toth, al Minotauro, a Eneas, a Salomé. Invocó a Shiva y a Gilgamesh, a Viracocha y a Pandora, a Príapo y a Astarté, a Diana, a Diámedes, a Dionisio, a Deucalion. La tarde se apagó y las resplandecientes lunas se encendieron en el cielo y Leor continuó trabajando. Nos dio a Clitemnestra y a Agamenón, a Elena y a Menelao, a Isis y a Osiris. Nos dio a Damballa y a Geudenibo y a Legba. Nos dio a Baal. Nos dio a Sansón. Nos dio a Krishna. Despertó a Quetzalcoatl, a Adonis, a Holger, a Kali, a Ptah, a Thor, a Jason, a Nimrod, a Set.

La oscuridad se hizo más intensa y los seres míticos aparecían sobre el escenario y se derramaban por la llanura. Se mezclaban unos con otros antiguos enemigos intercambiando habladurías, antiguos amigos estrechándose las manos, miembros del mismo panteón abrazando a sus rivales. Se mezclaban con nosotros, también, los héroes escogiendo mujeres, los monstruos tratando de parecer menos monstruosos, los dioses buscándose adoradores.

Quizás era suficiente. Pero Leor continuó trabajando. Era su momento de gloria.

De la máquina salieron Rolando y Oliver, Rustum y Sohrab, Caín y Abel, Damon y Pythias, Orestes y Pilades, Jonathan y David. De la máquina salieron San Jorge, San Vito, San Nicolás, San Cristóbal, San Valentín, San Judas. De la máquina salieron las Furias, las Arpías, las Pléyades, las Parcas, las Normas. Leor era un romántico, y no conocía la moderación.

Todos los que aparecían llevaban la aureola de la humanidad.

Pero las maravillas acaban por empalagar. La gente del siglo CXXVI se distraía fácilmente y se aburría con la misma facilidad. La cornucopia de milagros no estaba

agotada, ni mucho menos, pero me di cuenta de que numerosos espectadores abandonaban la llanura y emprendían el regreso a sus hogares. Los que estábamos cerca de Leor teníamos que quedarnos, desde luego, aunque estuviéramos abrumados por aquellas fantasías y agobiados por su abundancia.

Un anciano de barba blanca envuelto en una espesa aureola salió de la máquina. Llevaba un delgado tubo de metal.

- Este es Galileo - dijo Leor.

- ¿Quién es? - me preguntó el Procurador de Plutón, ya que Leor, cada vez más cansado, había dejado de describir a sus fantasmas.

Tuve que pedir la información por radio al Salón del Hombre.

- Un dios moderno de la ciencia - le dije al Procurador -, al cual se atribuye el descubrimiento de las estrellas. Su deificación se produjo después de ser perseguido por la Inquisición.

Tras la aparición de Galileo, Leor evocó a otros dioses de la ciencia: Newton y Einstein, Hipócrates y Copérnico, Oppenheimer y Freud. Habíamos conocido a algunos de ellos antes, en la época en que evocábamos a personajes reales de épocas pretéritas, pero ahora tenían otro aspecto, ya que habían pasado por las manos de los fabricantes de mitos. Llevaban emblemas de sus funciones especiales, y pasaban entre nosotros ofreciéndose para curar, para enseñar, para explicar. No se parecían en nada a los verdaderos Newton, Einstein y Freud que habíamos visto. Tenían una estatura tres veces superior a la de los hombres, y sus ceños despedían relámpagos.

Luego llegó un hombre alto y barbudo, con la cabeza ensangrentada.

- Abraham Lincoln - dijo Leor.

- El antiguo dios de la emancipación - le dije al Procurador, tras algunas investigaciones.

Luego llegó un hombre joven y apuesto, con una deslumbrante sonrisa y una cabeza también ensangrentada.

- John Kennedy - dijo Leor.

- El antiguo dios de la juventud y de la primavera - le dije al Procurador -. Un símbolo del cambio de estaciones, de la derrota del invierno por el verano.

- Ese fue Osiris - dijo el Procurador -. ¿Acaso hubieron dos?

- Hubieron muchos más - dije -, Baldur, Tammuz, Mithra, Attis...

- ¿Por qué necesitaban tantos? - inquirió el Procurador.

Leor dijo:

- Ahora me tomaré un descanso.

Los dioses y héroes estaban entre nosotros. Empezó una época de francachelas.

Medea salía con Jason, Agamenón se reconcilió con Clitemnestra, y Teseo y el Minotauro vivían en el mismo albergue. Yo tuve ocasión de hablar con John Kennedy, el último de los mitos que había salido de la máquina. Como a Adán, el primero, le fastidiaba encontrarse aquí.

- Yo no fui ningún mito - insistió -. Fui un ser vivo, que estudió en la Universidad y pronunció discursos.

- Te convertiste en un mito - dije -. Viviste, y moriste, y al morir fuiste transfigurado.

Dejó escapar una risita.

- ¿En Osiris? ¿En Baldur?

- Parece apropiado.

- Te lo parecerá a ti. La gente dejó de creer en Baldur mil años antes de que yo naciera.
- Para mí - dije -, Osiris, Baldur y tú sois contemporáneos. Tú perteneces al mundo antiguo. Estás separado de nosotros por miles de años.
- ¿Y soy el último mito que salió de la máquina?
- Sí.
- ¿Por qué? ¿Acaso los hombres dejaron de fabricar mitos después del siglo XX?
- Tendrías que preguntárselo a Leor. Pero creo que estás en lo cierto: tu época fue el final de la era de los mitos. Después de tu época no podíamos creer ya en cosas tales como mitos. No necesitábamos mitos. Cuando superamos la era de las dificultades, entramos en una especie de paraíso donde cada uno de nosotros vivía su propio mito. En consecuencia, ¿por qué habíamos de levantar a algunos hombres a grandes alturas entre nosotros?

Me dirigió una extraña mirada.

- ¿De veras crees eso? ¿Que vives en un paraíso? ¿Que los hombres se han convertido en dioses?

- Pasa algún tiempo en nuestro mundo - le dije -, y Compruébalo por ti mismo.

Ignoro cuáles fueron sus conclusiones, porque no se me presentó la ocasión de volver a hablar con él, a pesar de que a menudo me encontraba con dioses y con héroes. Estaban en todas partes. Algunos de ellos eran pendenciosos o ladrones, pero el hecho no nos afectaba demasiado, ya que su conducta era, en nuestra opinión, la que correspondía a unos arquetipos de épocas tan pretéritas. Y algunos eran amables. Viví una breve aventura amorosa con Perséfone. Escuché, extasiado, el canto de Orfeo.. Krishna danzó para mí.

Dionisio revivió el arte perdido de destilar licores y nos enseñó a beber y a emborracharnos.

Taliesin nos recitó incomprensibles y maravillosas baladas.

Aquiles lanzó su jabalina para nosotros.

Fue una época de maravillas, pero, pasada la novedad, los mitos empezaron a fastidiarnos. Había demasiados, y eran demasiado ruidosos, demasiado activos, demasiado exigentes. Querían que les amásemos, que les escuchásemos, que nos inclinásemos ante ellos, que escribiéramos poemas acerca de ellos. Formulaban preguntas - algunos de ellos - interesándose por el funcionamiento interno de nuestro mundo, y nos desconcertaban, ya que apenas conocíamos las respuestas.

Leor nos había proporcionado una espléndida diversión. Pero todos estábamos de acuerdo en que ya era hora de que los mitos se marcharan. Los habíamos tenido con nosotros por espacio de cincuenta años, y era más que suficiente. Les rodeamos, y empezamos a meterlos de nuevo en la máquina. Los héroes eran los más fáciles de capturar, a pesar de su fuerza. Contratarnos a Loki para que les engañara y les hiciera regresar al Salón del Hombre. «Allí os esperan importantes tareas», les dijo, y ellos se apresuraron a acudir, a fin de demostrar lo que valían. Loki les metió en la máquina y Leor les facturó a sus lugares de origen. Así nos libramos de Heracles, Aquiles, Héctor, Perseo, Cuchulainn y otros tipos de la misma calaña.

Después de aquello se presentaron muchos de los demoníacos y dijeron que estaban tan cansados de nosotros como nosotros de ellos, y se metieron en la máquina voluntariamente. Así nos libramos de Kali, Legba, Set y muchos más.

Algunos nos obligaron a emplear la fuerza. Odiseo se disfrazó de Breel, el secretario del Presidente Peng, y nos hubiera engañado para siempre si el verdadero Breel, al

regreso de unas vacaciones en Júpiter, no hubiese descubierto el fraude. Y entonces Odiseo luchó. Kori nos planteó problemas. Edipo profirió horribles maldiciones cuando fuimos a por él. Dédalo se agarró a Leor y suplicó: «¡Déjame quedar, hermano! ¡Déjame quedar!»

Año tras año nos dedicamos a la tarea de localizarlos y capturarlos, hasta que llegó el día en que supimos que nos habíamos librado de todos. La última en marcharse fue Casandra, que había estado viviendo sola en una isla lejana, envuelta en harapos.

- ¿Por qué nos trajisteis aquí? - preguntó -. Y, después de habernos traído, ¿por qué nos echáis?

- El juego ha terminado - le dije -. Ahora nos divertiremos con otras cosas.

- Debisteis dejarnos aquí - dijo Casandra -. La gente que no tiene mitos propios, obra juiciosamente al tomar prestados los de otros, y no como simple diversión. ¿Quién consolará vuestras almas en los negros tiempos que se avecinan? ¿Quién guiará vuestros espíritus cuando empiecen los sufrimientos? ¿Quién explicará el desastre que caerá sobre vosotros? ¡Desastre! ¡Desastre!

- Los desastres de la Tierra - le dije - son cosas del pasado de la Tierra. Nosotros no necesitamos mitos.

Casandra sonrió y se metió en la máquina. Y desapareció.

Y entonces llegó la época del fuego y de la agitación, ya que cuando los mitos se hubieron marchado llegaron los invasores, descendiendo del cielo. Y nuestras torres quedaron derruidas y nuestras lunas cayeron. Y los extranjeros de ojos fríos se quedaron entre nosotros, haciendo lo que les venía en gana.

Y los supervivientes de entre nosotros llamaron a los viejos dioses, a los héroes desaparecidos.

¡Loki, ven!

¡Aquiles, defiéndenos!

¡Shiva, libéranos!

¡Heracles! ¡Thor! ¡Gawain!

Pero los dioses permanecen silenciosos, y los héroes no vienen. La máquina que resplandecía en el Salón del Hombre está rota. Leor, su constructor, ha desaparecido de este mundo. Los chacales se pasean por nuestros jardines, y nuestros amos cabalgan por nuestras calles. Nos hemos convertido en esclavos. Y estamos solos bajo el pavoroso cielo. Y estamos solos.

FIN

Edición digital de Sadrac